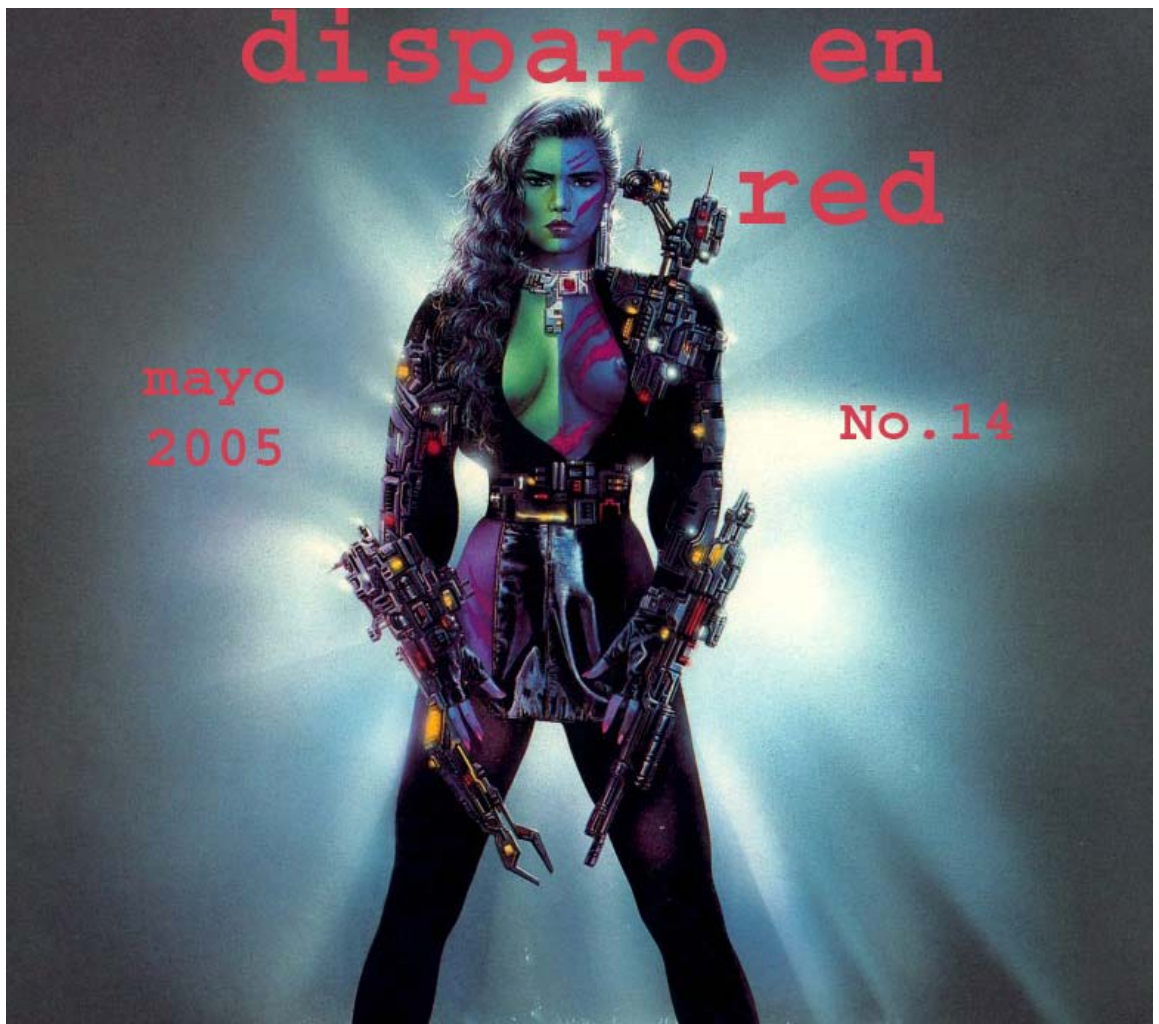


HOY: 25 de MAYO del 2005



DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-ficción y fantasía.
De frecuencia quincenal y totalmente gratis.

Portada: Luis Royo.

Editores:

darthmota

Jartower

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de ciencia ficción y fantasía.

Proyecto de Arte Fantástico Onírica.

Anabel Enriquez Piñeiro	
Juan Pablo Noroña	Miguel Bonera Miranda
Jorge Enrique Lage	Coghan
Victor Hugo Pérez Gallo	Raúl Aguiar

0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: Frederic Brown.
2. Artículo: Vacaciones en Klendathu, Gabriel Benítez.
3. Cuento clásico: Regiones apartadas, William Gibson.
4. Cuento made in Cuba: La misión, Jesús Minsal Díaz y Eric Flores Taylor (JE)
5. Curiosidades: Como construir un Alien, Cristobal Perez-Castejon Carpena.
6. Reseña: Trilogía del ciberespacio.
7. Humor: Tres Prólogos de Douglas Adams.
8. ¿Cómo contactarnos?

1. LA FRASE DE HOY:

El último hombre sobre la Tierra estaba solo en una habitación. Sonó una llamada a la puerta...
Frederic Brown.

2. ARTICULO: *VACACIONES EN KLENDATHU*

por Gabriel Benítez

Les tengo noticias: Hollywood nos ha malacostumbrado. Esperamos que todo film que nos mande nos entregue un mensaje ya rumiado y digerido. *Pensar* no viene incluido en nuestro ticket para la diversión. Por tal razón los mensajes de Hollywood se han vuelto muy directos, su posición se ha vuelto monocromática: o es blanco o es negro.

Cuando tú vas a ver una película sobre Vietnam saldrás desilusionado si te enteras de que el film no acaba diciéndote que la guerra es mala y que deberíamos acabar con ella. Nos sentimos mal si el criminal no paga lo que debe. No debería criticar esto. Al fin y al cabo no pagas dinero en el cine para frustrarte más o para que te recuerden que esta vida es un asco. Yo estoy a favor de que acabe la guerra y de que el criminal sea castigado.

Muchos opinaban saliendo de la sala que la vida en realidad no es así. Las guerras se mantendrán ahí afuera y los criminales seguirán siendo protegidos por las autoridades. Como podemos ver, el cine es ilusión y por ilusión pagamos. Tal vez por esta razón no son bien recibidas las películas que nos obligan no solo a ver el lado oscuro de la moneda sino a cuestionarnos a nosotros mismos. Es fácil hacer una película donde ganen los malos y salgamos del cine opinando que no debería haber sido así, que a fin de cuentas deberían haber ganado los buenos. En esta clase de películas no nos cuestionaríamos a nosotros, sino a los mafiosos que ganaron. No debía haber sido así.

Pero, ah! que diferente cuando el cine sirve de reflejo para nosotros mismos, cuando nos muestra o nos hace cuestionar nuestros valores y principios. Poca gente paga un boleto de cine para cuestionarse a si mismo al final de la película. Por lo general, esas películas son no comerciales. Tal vez Ripley no lo crea pero *TROPAS DEL ESPACIO* pertenece a esta

clase de películas. ¿Qué puedo sacar de una película de ciencia ficción de este tipo (se preguntaran varios) ¿Qué hay de profundo en un destazadero de marines intergalácticos? Aparentemente nada. Aparentemente...

2. Sobre el cine de ciencia ficción.

Comencemos por aceptar que el cine de ciencia ficción de un tiempo para acá no parecía ser el vehículo ideal para una película reflexiva. Con la sobresaturación de efectos especiales y monstruos alienígenas, el FX se convierte en la verdadera estrella de la película. La historia bien puede salir sobrando.

Muchos dicen que el cine de ciencia ficción con mensaje acabó en los setenta, pero ya no es así... estamos viendo un resurgimiento de cine de ciencia ficción con mensaje. *GATTACA* por ejemplo, nos susurra que lo más importante es el espíritu humano. Pero el chiste de la ciencia ficción no es tanto el mensaje sino la especulación, la oportunidad de cuestionarnos nuestra realidad, nuestro ambiente. Los mensajes, como ya los vimos, son ideas dirigidas. Tú puedes tomarlas o dejarlas. Pero no la especulación... en la especulación no hay mensajes, hay interrogantes y las respuestas podemos darnoslas nosotros mismos. Solo que a lo mejor estas respuestas resultan no ser de nuestro agrado.

3. Pasaporte al subterráneo.

En 1972, Norman Spinrad presenta una novela titulada *EL SUEÑO DE HIERRO*. Dentro de esta novela hay otra novela escrita supuestamente por un Adolf Hitler alternativo. Este Hitler es un famoso escritor de ciencia ficción y su novela *El Señor de la Swastica* es una interesante aventura del género. El lector comenzara a leer la novela de *Hitler* y si no esta preparado puede empezar a gustarle y tal vez a parecerle cada vez mas emocionante.

Cuando termine, habrá apoyado al héroe y a su misión de exterminio racista contra los mutantes. Se habrá convertido en una especie de Nazi sin el esperárselo.

TROPAS DEL ESPACIO maneja un juego similar pero es francamente sarcástico y ácido.

El que va a ver una película de acción apoyara a los humanos en su carrera contra el exterminio de los *bichos* una raza extraterrestre tremendamente letal que habita el sistema *Klendathu*. Cuando salga, si le gusto la película, saldrá feliz por la destrucción de varios de esos asquerosos bichos. La mayoría vio eso... vio una lucha de humanos y extraterrestres. Vio solo la superficie. Si hubiera bajado al subterráneo se habría dado cuenta con horror que humanos y bichos eran (en la película de Verhoven) la misma clase de cosa.

4. Yo hago mi parte.

Algunos críticos dicen que *TROPAS DEL ESPACIO* es otra película de acción que apoya al militarismo y la exageración. Error. Otros vieron un mensaje antimilitar. Error también. El chiste de *TROPAS DEL ESPACIO* es que nos obliga a ver desde todos los ángulos. La película comienza con un descarado promocional pro militar al estilo de los de la segunda guerra mundial: *El ejercito te necesita La patria es primero*. Los niños reciben, felices, armas en lugar de dulces, los soldados sonrían con sonrisas marca Colgate. De ahí en adelante los promocionales irán informando los avances de la guerra conforme esta transcurre. Servirán también para promocionar el odio xenofóbico hacia los bichos, monstruosos insectos asesinos que habitan el planeta Klendathu (exactamente al otro lado de la galaxia, ojo con esto) y que han exterminado a toda una colonia de humanos en otro planeta.

No cabe duda de que los insectos tienen inteligencia. No están peleando contra insectos puramente. Pero es una inteligencia tan diferente a la nuestra, tan inhumana que no hay remordimientos en considerarla de insecto. En cierta parte de la película un tipo histérico vestido ridículamente, ridiculiza (valga la redundancia) a una científica que expone que los bichos son seres con inteligencia, dando a entender que podría haber comunicación. La crítica hacia los medios de comunicación como controladores de masas es bestial y directa. Muy similar a la del Gran Hermano en la novela *1984* de Orwell donde todas las noticias son filtradas, manipuladas para mover como marionetas la opinión popular.

Al espectador se le presentan las noticias como a todos los demás. No hay indicio externo que nos diga que hay manipulación. Pero puede intuirse...y lo que es más sorprendente. Atrás de *TROPAS DEL ESPACIO* hay otra historia que podría ser más bestial que la guerra sostenida ante Klendathu:

5. El caso del asteroide Bicho.

Hay un momento en la película donde un asteroide *supuestamente* enviado por los bichos cae directamente sobre Argentina, más concretamente sobre Buenos Aires, capital mundial de la tierra, borrándolo del mapa. Y digo que *supuestamente* porque hay bases lógicas que nos hacen dudar de esa versión. En primer lugar Klendathu está directamente al otro lado de la galaxia. Los bichos no cuentan con la tecnología para el viaje hiperespacial o más rápido que la luz. Los humanos sí. ¿Entonces de dónde llegó esa gran roca? No lo sé, pero

seguro que no fue de Klendathu, a millones de kilómetros de la Tierra. Además, ¿Que no hay bases de alerta espacial para haber detectado al bólido? Esto no checa. Aquí hay algo mucho mas turbio...¿Fue a propósito la destrucción de Buenos Aires?

En la película se hace mención de este ataque *perpretado* por los insectos y el espectador que no haga uso de sus neuronas seguirá de largo con la película convencido de que los bichos deben ser exterminados. No se cuestionará esta simple y lógica idea de aquí arriba . El juego de Verhoven consiste precisamente en que no solo la sociedad de *TROPAS DEL ESPACIO* esta siendo manipulada. Verhoven Ha Logrado Manipular La Opinión Del Mismo Espectador...

6. Sobre el fascismo.

Hablemos sobre el fascismo en *TROPAS DEL ESPACIO*. La mayoría considera el libro de Heinlein un libro fascista. En realidad no lo es. Esta a un paso de serlo, claro, pero no es esa la intención de Heinlein. La opinión de Heinlein no es a favor del militarismo como tan en sí , aunque así pueda parecerlo en el capitulo numero dos, donde se trate el problema de si la violencia resuelve o no ciertos problemas: *La violencia, la fuerza bruta, a arreglado más cosas en la historia que cualquier otro factor, y la opinión contraria constituye el peor de los absurdos. Los que olvidan esta verdad básica siempre han pagado con su vida y libertad* (dice a la clase de chicos adolescentes Dubois) Esta frase suena verdaderamente a fascista, pero en verdad adolece de ser realista... al menos las estadísticas sobre problemas resueltos a corto plazo la apoyan.

En el mundo de Heinlein solo los que han ingresado a la milicia merecen ser ciudadanos. Según Heinlein, cuando eres militar, aprendes no a preocuparte por ti, sino por todo tu equipo. Aprendes a ver por ti y por la seguridad de los demás. Se supone que eso te hace madurar y vuelves a la sociedad como una persona capaz de ver por todos. Cuando ejerces el voto, lo ejerces no pensando solo en ti mismo sino en la sociedad. La sociedad de Heinlein no es fascista, es espartana, como podemos ver. El único pequeño, pero lamentable problema, es que las buenas intenciones de Heinlein son utópicas. Una sociedad así esta al borde del fascismo.

Los soldados no llegan con una idea de pertenencia a su sociedad. Han estado tanto tiempo en la milicia que PERTENECEN a la milicia. La sociedad civil no es igual a la militar y rápidamente se crearían círculos de repudio de ambas partes... de hecho parte de este efecto

se ve reflejado en la película...al pobre Jhony Rico (el protagonista) no le ha tocado estar en la fuerza de pilotos, ni en el espionaje... le ha tocado estar con la infantería móvil, en otras palabras, con la carne de cañón... pero es lógico que eso no se lo van a hacer ver... para Jhony Rico, la infantería móvil son los *soldados de verdad*. La guerra se gana por ellos, porque son ellos, y no otros, los que van a rajarse la espalda contra los bichos.

La infantería móvil son los que valen la pena. Lo mismo le dicen a los pilotos de naves espaciales. ¿De que serviría la infantería móvil sin un buen piloto que pudiera descender con ellos a la batalla y dejarlos en tierra o en la nave sanos y salvos? A final de cuentas, dentro del sistema militar se crean grupos y jerarquías. Jhony Rico se pelea a puñetazos contra uno de esos *pilotitos*.

Ah, pues bien, esos grupos y jerarquías se formarían también en una sociedad civil y adiós la utopía del mundo espartano. Los civiles serían los primeros en ser despreciados... por inútiles a la patria, vamos.

7. Soldado, No preguntes.

Hasta ahora todo parece indicar que la película es antibelica 100%... hasta que vemos a los bichos. Son salvajes, sanguinarios, verdaderamente letales. Si yo tuviera a uno enfrente no dudaría en correr. Si vemos con atención, su morfología, filosas navajas como patas y un cuerpo crustacico que lo hace parecer una mezcla de cangrejo con escarabajo nos dan la darwiniana idea de que no han sobrevivido gracias a su docilidad.

En cierta parte de la película un reportero expone la idea de que esta guerra se a creado no porque ellos nos invadieron a nosotros sino que fue al revés. Bueno, si esta declaración creo algo de simpatía hacia los bichos cuando los vemos en batalla se nos borra. No conocemos sus motivaciones. Tal vez se están defendiendo, pero tampoco sabemos si de tener la oportunidad no nos invadirían ellos a nosotros.. El miedo y la duda, viejos compañeros de la humanidad hacen su presentación.

Mientras resolvemos eso mejor nos dedicamos a matar bichos. Es cierto que no se ha hecho nada por intentar comunicarse con ellos, pero los métodos usados por los bichos en humanos tampoco indican que ellos estén muy interesados en comunicarse con nosotros.

En un mundo así, como el de la infantería móvil, todo aquello que criticamos al sistema militar por salvaje y manipulador se vuelve la única tabla de salvación para los soldados.

Como soldado no tienes tiempo de razonar si lo que haces esta bien o mal. Lo haces porque

así se te ordeno y ya. Pueden decir que los soldados son unos descerebrados dispuestos a obedecer cualquier orden pero eso tiene su razón de ser y parte de su razón de ser es la sobrevivencia, nos guste o no. En batalla no hay tiempo para discernir opciones ni planes de acción. Hay un plan y hay que seguirlo.

Jhonny Ricco acaba convertido en un fiel reflejo del típico militar... incluso repite las mismas frases que sus predecesores. Lo vemos orgulloso de este hecho y lo sentimos como un gorila amaestrado mas. Pero ha tenido que hacerlo para sobrevivir. Al fin de cuentas el tiene razón en algo. Mientras yo critico su ciega obediencia al *establishment* desde el calor de mi casita, el esta allá arriba peleando con un montón de bichos e intentando sobrevivir. Y sobrevive. La verdad, si a mi me dejaran una semana en plena selva de Chiapas, solo y desamparado, seria casi como una niña llorona y asustada. Estoy acostumbrado a la tele, al internet, al papel sanitario en el baño y a una ducha todas las mañanas. Es fácil ser bocón cuando nunca se ha estado en el lugar de un soldado y en plena batalla.

8. Conclusiones.

A final de cuentas quedamos con un montón de dudas. ¿Esta bien o esta mal? ¿Fue Jhony Ricco un tonto o hizo lo que debía hacer? ¿Hizo bien en ir a esa batalla o debió haberse quedado en casa? A final de cuentas a Jhony la experiencia lo transformo, lo volvió otro, obtuvo nuevos valores e hizo sacrificios.

La cuestión, la gran duda es saber si sirvió para algo esa batalla y eso es lo que yo veo de todos los desencantos de los soldados que han vuelto de ellas. ¿Para que se ganan cuando vuelven como parias a sus propios hogares? ¿Se ganó en verdad la guerra cuando regresas sin piernas a tu casa? ¿Esta tu familia ahora bien resguardada del comunismo, del enemigo invasor? ¿Será la vida mejor después de la guerra?

Gabriel Benítez: Gabriel Benítez vive en Guadalajara, México. Es autor de ciencia ficción y ha publicado en antologías como MAS ALLA DE LO IMAGINADO 3, EL HOMBRE EN LAS DOS PUERTAS, una antología dedicada a Philip K. Dick y ARTIFEX entre otras. Dirige el Boletín Literario de la COMUNIDAD CF.

3.CUENTO: REGIONES APARTADAS

William Gibson.

Cuando Hiro activó el látigo, yo soñaba con París, soñaba con calles infernales, oscuras, mojadas. El dolor me subió oscilando desde la base del cráneo, me estalló detrás de los Ojos en una pared de neón azul; salté gritando de la hamaca de red. Siempre grito; de eso nunca me olvido. La retroalimentación me chillaba en el cráneo. El látigo de dolor es un circuito auxiliar del osteófono implantado, conectado directamente a los centros de dolor; lo necesario para atravesar la niebla barbitúrico de un relevo. Mi vida tardó algunos segundos en cobrar forma, mientras unos icebergs de biografía aparecían entre la niebla: quién era, dónde estaba, qué hacía allí, quién me despertaba.

La voz de Hiro me entró crepitando en la cabeza a través del osteoconductor. - Maldita sea, Toby. ¿Sabes lo que me haces en los oídos con esos gritos?

-¿Sabes cuánto me preocupan tus *oídos*, doctor Nagashima? Me preocupan tanto como...

-No hay tiempo para letanías de amor, muchacho. Tenemos trabajo. A ver ¿qué son esas ondas puntiagudas de cincuenta milivoltios que te salen del temporal? ¿Estás mezclando algo con los calmantes para dar un poco de color a la cosa?

-Tu electroencefalograma no sale bien, Hiro. Estás loco. Sólo quiero dormir... - Me derrumbé en la hamaca y traté de echarme la oscuridad encima, pero la voz de Hiro seguía allí.

- Lo siento, hermano, pero hoy trabajas. Ha vuelto una nave, hace una hora. Los de la esclusa de aire están allí ahora mismo, aserrando el motor de reacción para que la nave quepa por la puerta.

-¿Quién es?

- Leni Hofmannstahl, Toby, fisico-química, ciudadana de la República Federal de Alemania. -Esperó a que yo dejara de gruñir.- Es un disparo de carne confirmado.

Qué agradable terminología de rutina hemos desarrollado aquí. Se refería a una nave que había regresado con telemetría médica activada, y en la que había un (1) cuerpo,

caliente, estado psicológico todavía desconocido. Cerré los ojos y me columpié en la oscuridad.

- Parece que tú eres el relevo, Toby. El perfil de ella sincroniza con el de Taylor, pero Taylor está de permiso.

Yo sabía todo acerca del «permiso» de Taylor. Estaba en las cajas agrícolas, atiborrado de amitriptilina, haciendo ejercicios aeróbicos para compensar el último ataque de depresión. Uno de los riesgos laborales de ser un relevo. Taylor y yo no nos llevamos bien. Es curioso, pero suele pasar cuando el perfil psicosexual del tipo es demasiado parecido al de uno.

- Ey, Toby, ¿de dónde sacas toda esa droga? -La pregunta era ya ritual.- ¿Te la da Charmian?

-Me la da tu mamá, Hiro. - Él sabe que es Charmian tan bien como yo.

- Gracias, Toby. Como no estés en el ascensor del Cielo en cinco minutos mandaré al personal de enfermería ruso para que venga a ayudarte. Al personal masculino.

Seguí columpiándome en la hamaca y me entretuve con el juego llamado El Lugar de Toby Halpert en el Universo. No es que sea egotista: pongo el sol en el centro, la luminaria, la esfera del día. A su alrededor pongo en movimiento pulcros planetas, nuestro acogedor sistema natal. Pero justo *aquí*, en un punto fijo situado a casi un octavo de la distancia que nos separa de la órbita de Marte, cuelgo un grueso cilindro de aleación, como un modelo a un cuarto de escala del Tsiolkovsky 1, el Paraíso de los Trabajadores en L-5. El Tsiolkovsky 1 está emplazado en el punto de liberación entre la gravedad de la Tierra y la de la Luna, pero necesitamos también una vela lumínica que nos mantenga aquí, veinte toneladas de aluminio en forma de hexágono, diez kilómetros de lado a lado. Esa vela nos remolcó fuera de la órbita terrestre, y ahora es nuestra ancla. La usamos para maniobrar contra la corriente de fotones, para mantenernos aquí junto a la cosa -el punto, la singularidad- que llamamos

la Autopista.

Los franceses lo llaman *le metro*, el tren subterráneo, y los rusos lo llaman el río, pero *subterráneo* no entraña la distancia, y río, para los americanos, no entraña la misma soledad. Llamémoslo las Coordenadas de la Anomalía Tovyevski, si no os molesta meter a

Olga en esto. Olga Tovyevski, Nuestra Señora de las Singularidades, Santa Patrona de la Autopista.

Hiro no confiaba en que me levantara solo. justo antes de que entraran los enfermeros rusos encendió las luces de mi cubículo por control remoto, y las dejó titilar y tartamudear unos segundos antes de que iluminaran como una mirada hostil y persistente las imágenes de Santa Olga que Charmian había pegado en el mamparo. Docenas de fotos, la cara repetida en papel de periódico, en brillante papel de revista ilustrada. Nuestra Señora de la Autopista.

La teniente coronel Olga Tovyevski, la mujer más joven de su rango en el esfuerzo espacial soviético, estaba en ruta hacia Marte, sola, en un Alyut 6 modificado. Las modificaciones le permitían llevar el prototipo de un nuevo limpiador de aire que iba a ser sometido a pruebas en el laboratorio orbital marciano donde la URSS había destacado a cuatro hombres. Con la misma facilidad podrían haber manejado el Alyut a distancia, desde Tsiolkovsky, pero Olga quería acumular tiempo en misiones. Se aseguraron de mantenerla ocupada: le asignaron una serie de experimentos de rutina con señales de radio por banda de hidrógeno, la parte más anodina de un intercambio científico soviético-australiano de baja prioridad. Olga sabía que su papel en los experimentos podría haber sido desempeñado por un cronómetro doméstico estándar. Pero ella era una funcionaria eficiente; pulsaba los botones exactamente en los intervalos correctos.

Con el pelo castaño peinado hacia atrás y recogido en una red, debía de tener el aspecto de un idealizado camafeo del *Pravda* que representase el Trabajador del Espacio; fácilmente la cosmonauta más fotogénica de ambos géneros. Verificó una vez más el cronómetro de la Alyut y puso la mano sobre los botones que dispararían la primera señal. La coronel Tovyevski no podía saber que se acercaba al punto del espacio que más tarde se conocería como la Autopista.

Mientras ella pulsaba la secuencia de seis botones, el Alyut recorrió esos kilómetros finales y emitió la señal, una descarga sostenida de energía radial a 1420 megahertz, la frecuencia de transmisión del átomo de hidrógeno. El radiotelescopio de Tsiolkovsky hacía el seguimiento, y retransmitía la señal a los satélites de comunicación geosincrónicos que a

su vez la hacían llegar a estaciones al sur de los Urales y en Nueva Gales del Sur. Durante 3,8 segundos la radio imagen del Alyut fue oscurecida por una postimagen de la señal.

Cuando la postimagen se disolvió en las pantallas de los monitores terrestres, el Alyut había desaparecido.

En los Urales, un técnico georgiano de mediana edad rompió con los dientes la cánula de su pipa de espuma de mar favorita. En Nueva Gales del Sur, un joven físico se puso a golpear el costado del monitor como un enfurecido finalista de flíper protestando un TILT.

El ascensor que me esperaba para llevarme al Cielo podía ser la mejor toma de Hollywood de una caja para momias Bauhaus: un sarcófago angosto, vertical, con una tapa acrílica transparente. Tras ella, hileras de consolas idénticas se alejaban como en una ilustración de libro de texto sobre la perspectiva. La acostumbrada multitud de técnicos con sus trajes de payaso de papel amarillo se arremolinaba alrededor con determinación. Vi a Hiro en mono de dril azul, con la camisa de vaquero de botones nacarados abierta sobre una desteñida camiseta de la UCLA. Absorto en el torrente de cifras que bajaba por la pantalla de un monitor, no advirtió mi presencia. Nadie lo hizo.

De modo que me quedé allí mirando el techo, y el fondo del piso del Cielo. No parecía gran cosa. Nuestro gordo cilindro está compuesto en realidad por dos cilindros, uno dentro del otro. Aquí abajo, en el de afuera - hacemos nuestro propio «abajo» mediante rotación axial- están los aspectos más mundanos de nuestra operación: dormitorios, cafeterías, la plataforma de la esclusa de aire, por donde hacemos entrar las naves que regresan, la sala de comunicaciones ... y los pabellones, a los que me cuido de no ir nunca.

El Cielo, el cilindro interior, el improbable corazón verde de este lugar, es el perfecto sueño Disney del regreso al hogar, el famélico oído de una economía global hambrienta de información. Un flujo constante de información bruta sale en pulsaciones hacia la Tierra, una inundación de rumores, susurros, indicios de tráfico transgaláctico. Solía acostarme en la hamaca, rígidamente, a sentir la presión de todos esos datos, a sentir como serpenteaban entre las líneas que imaginaba detrás del mamparo, líneas como tendones, apretados y abultados, a punto de reventar, a punto de aplastarme.

Entonces Charmian vino a vivir conmigo, y cuando le conté lo del miedo, hizo unas cuantas brujerías contra él y colocó sus iconos de santa Olga. Y la presión retrocedió, disminuyó.

-Te voy a conectar un traductor, Toby. Quizá necesites alemán esta mañana. - La voz me sonó como arena en el cráneo, una seca modulación de estática.- Hillary.

- En línea, doctor Nagashima - dijo una voz BBC, límpida como cristal de hielo-. Tienes francés, ¿verdad, Toby? Hofmannstahl tiene francés e inglés.

-A mí no me toques el pelo, Hillary. Habla cuando se te hable, ¿entendido? -El silencio de ella se transformó en una capa más del intrincado, continuo chisporroteo de estática. Hiro me disparó una mirada indecente a través de dos docenas de consolas. Sonreí.

Estaba empezando a suceder: el regocijo, la ráfaga de adrenalina. Lo sentía entre las últimas volutas del barbitúrico. Un muchacho de cara rubia, suave, de surfista, me ayudaba a entrar en el mono. Olía; era nuevo-envejecido, cuidadosamente maltratado, empapado en sudor sintético y feromonas de fábrica. Las dos mangas estaban atiborradas, desde la muñeca hasta el hombro, de parches bordados; casi todos eran logotipos de empresas, patrocinadores de una imaginaria expedición a la Autopista, con el logo del patrocinador principal cosido de hombro a hombro: la empresa que supuestamente había enviado a HALPERT, TOBY a su cita con las estrellas. Por lo menos mi nombre era verdadero, bordado en mayúsculas de náilon escarlata justo encima del corazón.

El surfista tenía esa clase de rasgos atractivos estándar que yo asocio con los jóvenes de la CIA, pero su cinta identificadora decía NEVSKY, y se repetía en cirílico. KGB, entonces. No era un *tsiolnik*, no tenía ese estilo de articulaciones flojas que confieren veinte años en el hábitat L-5. El chico era puro Moscú, un educado marcador de procedimientos que probablemente supiera ocho maneras de matar con un periódico enrollado. Comenzamos entonces el ritual de drogas y bolsillos; me metió una microjeringa, cargada con uno de los nuevos euforialucinógenos, en el bolsillo de la muñeca izquierda, dio un paso atrás, y marcó el dato en su lista. La silueta impresa de un relevo en traje de trabajo que llevaba en su bloc especial parecía una diana de tiro al blanco. Sacó una ampolla de cinco gramos de opio de la caja que llevaba sujeta a la cintura por una

cadena y *encontró el bolsillo* adecuado. Marca. Catorce bolsillos. La cocaína fue lo último.

Hiro se acercó justo cuando el ruso estaba terminando. -Tal vez tenga algunos datos fuertes, Toby; ella es físico química, recuerda. - Era extraño oírlo acústicamente, no por vibraciones óseas del implante.

-Allí arriba todo es fuerte, Hiro.

-¿Me lo dices a mí? - También él lo sentía, ese zumbido especial. Daba la impresión de que no podíamos mirarnos directamente a los ojos. Antes de que la torpeza fuese en aumento, dio media vuelta y dirigió un gesto de *aprobación a uno de los payasos amarillos*.

Dos de ellos me ayudaron a entrar en el ataúd Bauhaus y retrocedieron cuando la tapa bajó silbando como el visor del escudo de un gigante. Comencé mi ascenso al Cielo, donde sería recibido por una desconocida llamada Leni Hofmannstahl. Un viaje corto, pero que parece durar toda la vida.

Olga, que fue nuestra primera autostopista, la primera en sacar el pulgar por la longitud de onda del hidrógeno, tardó dos años en llegar a casa - En Tyuratam, en Kazakhstan, una mañana gris de invierno, registraron su *regreso en dieciocho centímetros de cinta magnética*.

Si un religioso -con conocimientos de tecnología cinematográfica-- hubiese estado observando el punto en el espacio donde el Alyut había desaparecido dos años antes, podría haber pensado que Dios había empalmado una cinta de tomas de espacio vacío con tomas de la nave de Olga. Olga reapareció de pronto en nuestro espacio-tiempo como en un atroz efecto especial de aficionado. Una semana más tarde y tal vez no la habrían alcanzado a tiempo; la Tierra habría seguido su rumbo y la habría dejado a la deriva hacia el sol. Cincuenta y tres horas después de su regreso, un nervioso voluntario llamado Kurtz, vistiendo un traje blindado, entró por la escotilla del Alyut. Era un alemán del este, especialista en medicina espacial, y su vicio secreto eran los cigarrillos americanos; se moría por uno mientras manipulaba la esclusa de aire, pasaba junto a una masa rectangular de esencia de limpiador de aire y encendía la luz del casco haciendo presión con el mentón. El Alyut, incluso pasados dos años, parecía estar lleno de aire respirable. A la luz de los

haces gemelos que le salían del enorme casco, vio diminutos globos de sangre y vómito que giraban lentamente, formando remolinos, mientras metía el abultado traje por el pasadizo y entraba en el módulo de mando. Entonces la encontró.

Flotaba por encima del tablero de indicadores de navegación, desnuda, aovillada en un rígido nudo fetal. Tenía los ojos abiertos, pero clavados en algo que Kurtz nunca Regaría a ver. Los puños ensangrentados estaban apretados como piedra, y el pelo castaño, suelto ahora, le flotaba alrededor de la cara como unas algas marinas. Muy despacio, con mucho cuidado, Kurtz pasó por encima de las blancas teclas de la consola de mandos y sujetó su traje al tablero de indicadores. Parecía evidente que Olga había intentado tocar el equipo de comunicaciones de la nave con las manos desnudas. Desactivó la garra derecha del traje de trabajo, que se desplegó automáticamente, como dos pares de tenazas que fingiesen ser una flor. Estiró la mano, aún encerrada en un guante quirúrgico presurizado.

Luego, con la mayor suavidad posible, abrió los dedos de la mano izquierda de Olga. Nada.

Pero al abrirle el puño derecho, algo salió cayendo y girando lentamente, a pocos centímetros de la placa facial de Kurtz. Parecía un caracol de mar.

Olga regresó a casa, pero nunca regresó a la vida detrás de aquellos ojos azules. Intentaron reanimarla, por supuesto, pero cuanto más lo intentaban más tenue se volvía, y queriendo saber más, la diseminaron una y otra vez hasta que llegó, e-1 su martirio, a llenar bibliotecas enteras con helados *corredores de* valiosísimas reliquias. Ningún santo había sido tan cortado; sólo en los laboratorios de Plesetsk, Olga estaba representada por más de dos millones de fragmentos de tejido, archivados y numerados en el subsótano de un complejo de estudios *biológicos a prueba de bombas*.

Tuvieron más suerte con la caracola. La exobiología se encontró de golpe pisando una tierra estrerneedoramente firme: un gramo y siete décimas de información biológica de alta organización, definitivamente extraterrestre. La caracola de Olga generó toda una subrama de la ciencia, dedicada *exclusivamente al estudio de.. la caracola* de Olga.

Los primeros descubrimientos *acerca de la caracola* aclararon dos cosas: no era producto de ninguna biosfera terrestre conocida, y como no había otras biosferas conocidas en el sistema solar, procedía sin duda de otra estrella. Olga tenía que haber visitado ese

lugar, o había entrado en contacto, por lejos que estuviese, con algo que era, o había sido alguna vez, capaz de hacer el viaje.

Enviaron a un tal mayor Grosz a las Coordenadas Tovyevskí en un Alyut 9 especialmente equipado. Detrás de él salió otra nave. Terminaba de emitir la última de las veinte señales de hidrógeno cuando la nave se esfumó. Grabaron la desaparición y *esperaron*. Regresó doscientos treinta y cuatro días más tarde. Mientras tanto, habían sondeado la zona constantemente, buscando con desesperación cualquier cosa que pudiese explicar la anomalía específica, el fenómeno irritante en torno al cual se pudiese esbozar una teoría. No había nada: sólo la nave de Grosz, dando tumbos fuera de control. Grosz se suicidó antes de que pudieran Regar a rescatarlo, la segunda víctima de la Autopista.

Después de remolcar el Alyut de regreso a Tsiolkovsky, descubrieron que el sofisticado equipo de grabación no había grabado nada. Todos los componentes estaban en perfecto estado de funcionamiento; ninguno de ellos había funcionado. Grosz fue congelado instantáneamente y puesto a bordo de la primera nave que salió hacia Plesetsk, donde las palas mecánicas ya excavaban un nuevo subsótano.

Tres años después, a la mañana siguiente de haber perdido al séptimo cosmonauta, sonó un teléfono en Moscú. Era el director de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Estaba autorizado, dijo, a hacer una oferta: bajo ciertas condiciones muy específicas, la Unión Soviética podría contar con los mejores cerebros de la psiquiatría occidental. La Agencia consideraba, prosiguió, que actualmente dicha ayuda *podría ser muy bien recibida*.

Su dominio del ruso era excelente.

La estática del osteófono era una tormenta de arena subliminal. El ascensor se deslizó subiendo por su estrecho conducto a través de la planta del Cielo. Fui contando luces azules a intervalos de dos metros. Después de la quinta luz, oscuridad y suspensión.

Escondido en la hueca consola de mandos de la falsa nave de la Autopista, esperé en el ascensor como el secreto que se oculta detrás de un cuento infantil de misterio en un falso estante de libros. La nave era una pieza de utilería, como la cabaña bávara pegada a los Alpes de yeso de algunos parques de diversiones: un toque simpático, pero no del todo

necesario. Si los que regresan nos aceptan, nos toman por lo que somos; nuestras noticias de primera plana y nuestros accesorios teatrales no parecen importar demasiado.

-Todo está libre - dijo Hiro-. No queda nadie por ahí. -Me masajee reflexivamente la cicatriz que tengo detrás de la oreja izquierda, donde me implantaron el osteófono. El costado de la falsa consola se abrió y dejó entrar la luz gris del amanecer del Cielo. El interior del bote de imitación resultaba familiar y a la vez extraño. Como tu propio apartamento cuando hace una semana que no lo ves. Una de las nuevas enredaderas brasileñas había atravesado la ventanilla izquierda; ése parecía ser el último cambio escénico desde mi última subida.

Hubo grandes discusiones por esas enredaderas en las reuniones de biotectura: los ecólogos americanos chillaban anunciando posibles deficiencias de hidrógeno. Los rusos se han mostrado muy susceptibles en el tema del biodiseño desde que tuvieron que pedir americanos prestados para que los ayudaran con el programa biótico en Tsiolkovsky 1. Tenían un feo problema con la descomposición, que les arruinaba el trigo hidropónico; tanta ingeniería soviética supersofisticada y no podían establecer un ecosistema funcional. De nada sirve que aquella debacle inicial nos haya abierto el camino para poder estar ahora aquí con ellos. Eso los fastidia; entonces insisten con lo de las enredaderas brasileñas, lo que sea, cualquier cosa que les sirva de pretexto para discutir. Pero a mí esas enredaderas me gustan: las hojas tienen forma de corazón, y si se las frota entre las manos, huelen a canela.

Desde la portilla miré cómo aclaraba a medida que la luz solar reflejada entraba en el Cielo. El Cielo se rige por la hora de Greenwich; en alguna parte había enormes espejos Mylar girando en un vacío brillante, sincronizados para reflejar un amanecer de Greenwich. Los trinos de pájaros grabados empezaron a oírse en los árboles. Los pájaros lo pasan muy mal en ausencia de auténtica gravedad. No podemos tener pájaros verdaderos, porque se vuelven locos tratando de arreglárselas con la fuerza centrífuga.

La primera vez que lo ves, el Cielo hace honor a su nombre: exuberante, fresco y luminoso, la hierba larga, salpicada de flores silvestres. Es mejor si no sabes que la mayoría de los árboles son artificiales, o que para mantener ciertas cosas como el equilibrio óptimo entre las algas verdiazules y las algas diatomeas del estanque, hace falta una constante atención. Charmian dice que espera ver a Bambi salir de entre los árboles

haciendo cabriolas, y Hiro sostiene que sabe exactamente cuántos ingenieros de la Disney fueron obligados a jurar que mantendrían el secreto, bajo el Acta de Seguridad Nacional.

-Estamos recibiendo fragmentos de Hofmannstahl - dijo Hiro. Casi podía estar hablando para sí mismo; la gestalt entrenador-relevo surtía efecto, y no tardaríamos en dejar de sentir la presencia del otro. El nivel de adrenalina comenzaba a disminuir -. Nada muy coherente. «*Schöne Maschine*», algo así... «Hermosa máquina»... Hillary dice que parece muy tranquila, pero aturdida.

-No me expliques nada. No quiero esperar nada concreto, ¿de acuerdo? Entremos directamente. - Abrí la escotilla y aspiré una bocanada de aire del Cielo; fue como un trago de vino blanco frío.- ¿Dónde está Charmian?

Hiro suspiró, una suave ráfaga de estática. - Charmian debería estar en el Claro Cinco ocupándose de un chileno que Regó hace tres días, pero no está, porque se enteró de que vendrías. Te espera junto al estanque de las carpas. Zorra testaruda. - agregó.

Charmian arrojaba guijarros a la orgullosa carpa china. Llevaba un ramillete de flores blancas detrás de una oreja, un marchito Marlboro detrás de la otra. Tenía los pies descalzos y embarrados, y se había cortado las piernas del mono por la mitad del muslo. Llevaba el pelo negro recogido en una cola de caballo.

Nos habíamos conocido en una fiesta en uno de los talleres de soldadura; voces ebrias resonaban en el cuenco de la esfera metálica, vodka artesanal en gravedad cero. Había uno que tenía una bolsa de agua para suavizar el trago, y sacó un buen puñado y lanzó diestramente una bola rodante y movediza de tensión superficial. Las viejas bromas acerca de pasar el agua. Pero yo soy un torpe en gravedad cero. La atravesé con la mano cuando pasó cerca. Me sacudí del pelo mil bolitas plateadas, aturdido, tropezando; y la mujer que estaba a mi lado se reía y daba lentos saltos mortales, muchacha larga, delgada, de pelo negro. Llevaba uno de esos holgados pantalones de cordón que los turistas se llevan de Tsiolkovsky, y una desteñida camiseta de la NASA tres tallas más grande de lo necesario. Un minuto después me hablaba de vuelos en ala-delta con los adolescentes *tsiolniki*, y de lo orgullosos que estaban de la floja marihuana que cultivaban en una de las

cestas de maíz. No me había dado cuenta de que ella era otro relevo hasta que Hiro entró a decirnos que la fiesta había terminado. Se fue a vivir conmigo una semana más tarde.

-Espera un minuto, ¿de acuerdo? -Hiro hizo chirriar los dientes, un sonido horrible.- Uno, *one*. -Y se fue, saliendo totalmente fuera del circuito; tal vez ni siquiera escuchaba.

-¿Cómo van las cosas en el Claro Cinco?

Me puse en cuclillas junto a ella y busqué también algunos guijarros.

-No muy divertidas. Tuve que alejarme de él por un rato; le inyecté hipnóticos. Mi intérprete me dijo que subías. -Tiene ese acento de Texas que hace que *ice* suene *como ass*.

-Creí que hablabas español. El tipo es chileno, ¿verdad? - Arrojé uno de mis guijarros al estanque.

- Yo hablo mejicano. Los buitres de la cultura dijeron que no le gustaría mi acento. Qué bueno. Y no puedo seguirlo cuando habla rápido. - Uno de sus guijarros siguió el mío y abrió aros en la superficie mientras se hundía.- Es decir, constantemente - agregó. Una carpa se acercó para ver si el guijarro era comestible-. De ésta no sale. -Charmian no me miraba. Su tono de voz era perfectamente neutro.- No hay duda de que de ésta el pequeño Jorge no sale.

Escogí el guijarro más plano y traté de hacerlo rebotar hasta el otro lado del estanque, pero se hundió. Cuanto menos supiera de Jorge el chileno, mejor sería. Sabía que era uno de *los vivos*, parte *de ese diez* por ciento. Nuestro índice de *muertos al llegar* es de un veinte por ciento. Suicidio. Un setenta por ciento son candidatos inmediatos a los pabellones: *los casos de regresión*, los que llegan balbuceando. Charmian y yo somos los relevos de ese diez por ciento.

Si los primeros que regresaron *hubiesen traído sólo* caracoles de mar, dudo que ahora el Cielo estuviese aquí. El Cielo fue construido después de que un francés regresó con un aro de acero de doce centímetros de diámetro, codificado magnéticamente y cerrado en torno a la mano fría, negra parodia del niño afortunado que gana una vuelta gratis en el tiovivo. Puede que nunca descubramos dónde o cómo lo encontró, pero aquel aro fue la

pedra de Rosetta para el cáncer. De modo que ahora le ha llegado a la especie humana la hora del culto de cargo. Aquí afuera podemos recoger cosas con las que no tropezaríamos ni en mil años de investigación en la Tierra. Charmian dice que somos como esos pobres imbéciles de las islas, que se pasan toda la vida construyendo pistas de aterrizaje para que regresen los grandes pájaros de plata. Charmian dice que el contacto con civilizaciones «superiores» es algo que no se *le desea* ni al peor enemigo.

-¿Te has preguntado alguna vez cómo se montó toda esta estafa, Toby> -Charmian miraba entornando los ojos a la luz solar, hacia el este, donde se extendía nuestro país cilíndrico, verde y sin horizonte.- Seguro que reunieron a todos los pesos pesados, a la élite de la psiquiatría, y los sentaron alrededor de una larga mesa de auténtica imitación de palo de rosa, típico asunto del Pentágono. Cada uno recibió un cuaderno de apuntes en blanco y un lápiz nuevo, especialmente afilado para la ocasión. Allí estaban todos: freudianos, junguianos, adlerianos, los hombres rata de Skinner, todo lo que se te ocurra. Y todos y cada uno de aquellos desgraciados sabían de sobra que era hora de hacer el mejor papel. No sólo como representantes de una facción determinada sino como profesionales. Allí *están, la encarnación de la psiquiatría occidental*. ¡Y no pasa nada! La gente sale de repente muerta de la Autopista, y si no, regresa babeando, cantando canciones de cuna. Los vivos duran alrededor de tres días, no dicen una palabra y después se pegan un tiro o entran en estado catatónico. -Sacó una pequeña linterna del cinturón y rompió con naturalidad la cáscara de plástico para extraer el reflector parabólico.- El Kremlin chilla. La CIA se vuelve loca. Y lo peor de todo, las multinacionales que quieren patrocinar el show están perdiendo entusiasmo. «¿Astronautas muertos? ¿No hay información? No hay trato, amigos.» Se están poniendo nerviosos, todos esos superpsiquiatras, hasta que algún listo, quién sabe, uno de esos lunáticos *sonrientes de Berkeley aparece* y dice- y aquí el acento de Charmain se cargó de paródica suavidad:- «Eh, ¿por qué no llevamos a esta gente a un sitio *agradable*, y la llenamos de *buena* droga y le damos a alguien con quien pueda *relacionarse* ¿eh? -Charmain se rió, sacudió la cabeza. Usaba el reflector para encender el cigarrillo, concentrando la luz solar. No nos dan cerillas: el fuego destruye el oxígeno, el equilibrio del dióxido de carbono. Del candente punto focal brotó un diminuto rizo de humo gris.

-Está bien -dijo Hiro-, ya pasó vuestro minuto. -Consulté mi reloj: habían sido casi tres minutos.

-Buena suerte, cariño -dijo Charmian en voz baja, fingiendo estar absorta en el cigarrillo-. Que te vaya bien.

La promesa de dolor. Está ahí cada vez. Sabes qué va a pasar, pero no sabes cuándo, ni exactamente cómo. Uno trata de aferrarse a esas incertidumbres, de mecerlas en la oscuridad. Pero si te preparas para el dolor, no funcionas. Ese poema que Hiro cita: *Enséñanos apremocarnos y a no preocuparnos.*

Somos como moscas inteligentes que deambulan por un aeropuerto internacional; algunas conseguimos colarnos en algún vuelo a Londres o a Río, quizá hasta sobrevivir al viaje y regresar luego. -Eh -dicen las otras moscas-, ¿qué pasa del otro lado de esa puerta? ¿Qué saben ellos que no sabemos nosotros? -Al llegar al borde de la Autopista, todos los lenguajes humanos se te desenmarañan en las manos... excepto, quizás, el lenguaje del chamán, del cabalista, el lenguaje del místico decidido a cartografiar jerarquías de ángeles, de santos, de demonios.

Pero la Autopista tiene sus reglas, y hemos aprendido algunas de ellas. Eso nos da algo a que aferrarnos.

Primera regla: Una entidad por viaje; nada de equipos, nada de parejas.

Segunda regla: Nada de inteligencias artificiales; lo que está ahí afuera, sea lo que sea, no se fija en máquinas listas, al menos en el tipo de máquinas que sabemos construir.

Tercera regla: Los instrumentos de grabación son un despilfarro de espacio; siempre vuelven sin uso.

Tras los pasos de Santa Olga han surgido docenas de nuevas escuelas de física, herejías cada vez más raras y elegantes, que esperan abrirse paso hasta el centro del misterio. Una por una, fracasan. En el susurrante silencio de las noches del Cielo, uno imagina que los paradigmas estallan en pedazos, que los añicos de teorías tintinean

convirtiéndose en polvo brillante mientras el trabajo de toda una vida de algún grupo de expertos se reduce a la más sucinta y breve nota de pie de página, y todo en el tiempo que tarda tu dañado viajero en musitar algunas palabras en la oscuridad.

Moscas en un aeropuerto, pidiendo que las lleven. Se recomienda a las moscas que no hagan demasiadas preguntas; se recomienda a las moscas que no intenten llegar a la Gran Imagen. Repetidos intentos en esa dirección llevan al lento, inexorable florecimiento de la paranoia; la mente proyecta formas enormes, oscuras, sobre las paredes de la noche, formas que tienden a solidificarse, a convertirse en locura, a convertirse en religión. Las moscas listas se quedan con la teoría de la Caja Negra; la Caja Negra es la metáfora aprobada, y la Autopista sigue siendo x en cualquier ecuación normal. Se supone que no debemos preocuparnos por lo que es la Autopista, o por quién la puso allí, y concentramos en cambio en lo que metemos en la Caja y en lo que sacamos de ella. Hay cosas que nosotros enviamos por la Autopista (una mujer llamada Olga, su nave, y tantos más que la *han seguido*) y cosas que nos llegan a nosotros (una loca, un caracol de mar, artefactos, fragmentos de tecnologías extrañas). Los teóricos de la Caja Negra nos *aseguran que nuestra tarea* principal consiste en optimizar ese intercambio. Estamos aquí para asegurarnos de que nuestra especie recupera lo que invierte. Con todo, algunas cosas se hacen cada vez más evidentes; una de ellas es que no somos las únicas moscas que han logrado meterse en un aeropuerto. Hemos recogido artefactos que pertenecen por lo menos a media docena de culturas inmensamente divergentes. «Más patanes», los llama Charmian. Somos como ratas en la bodega de un carguero, intercambiando baratijas con ratas de otros puertos. Soñando con las luces brillantes, con la gran ciudad.

Para no complicarnos, digamos que todo es asunto de Dentro y Fuera. Lení Hofmannstahl: Fuera.

Organizamos el recibimiento de Leni Hofmannstahl en el Claro Tres, también conocido como el Elíseo. YO me agazapé bajo un emparrado de meticulosas reproducciones de arce joven y me dediqué a estudiar la nave. En un principio había tenido el aspecto de una libélula sin alas, con un abdomen estilizado de diez metros de largo donde iba el motor a reacción. Ahora, sin el motor, parecía una pupa blanco mate, con *los ojos larvales, prominentes*, llenos del acostumbrado e inútil surtido de sensores y sondas.

Estaba apoyada *en una suave elevación en el* centro del claro, un montículo especialmente diseñado para sostener diversos formatos de nave. Los botes más recientes son más pequeños, como lavadoras Grand Prix, cápsulas minimalistas que no pretenden ser naves de exploración. Módulos para disparos de carne.

-No me gusta -dijo Hiro-. Ésta no me gusta. Me da mala espina... -Tal vez estuviera hablando para sí mismo; casi podría haber sido *yo* hablando para mí, lo cual significaba que la gestalt entrenador-relevo estaba casi a punto de funcionar. Encerrado en mi papel, dejo de ser el hombre de avanzada del hambriento oído del Cielo, una sonda especializada conectada por radio con un psiquiatra todavía más especializado; cuando la gestalt entra en acción, Hiro y yo nos fundimos y somos otra cosa, algo que nunca podemos admitir mutuamente, ni siquiera mientras sucede. Nuestra relación representaría la clásica pesadilla freudiana. Pero sabía que él tenía razón: esta vez se sentía que algo andaba muy mal.

El claro era más o menos circular. Tenía que serlo; en realidad era un corte redondo de quince metros de diámetro practicado en el piso del Cielo, un ascensor circular disfrazado de minipradera alpina. Habían aserrado el motor de Leni; habían remolcado su nave hacia el cilindro exterior, bajando el claro hasta la esclusa de aire, y luego la habían subido hasta el Cielo sobre una inmensa plataforma decorada con hierba y flores silvestres. Habían borrado sus sensores con sobrecargas de transmisión y sellado sus puertas y escotillas; se supone que el *Cielo* es una sorpresa para el recién llegado.

Me encontré preguntándome si Charmian ya habría regresado con Jorge. Tal vez le estaría preparando algo de comer, uno de los peces que «atrapamos» cuando nos los sueltan en *las manos desde* jaulas que hay en *el fondo del* estanque. Imaginé el olor a pescado frito, cerré los ojos e imaginé a Charmian caminando por las aguas poco profundas, con los muslos perlados por gotas brillantes: muchacha de piernas largas en un vivero en el Cielo.

-¡Adelante, Toby! ¡entra ahora!

El volumen me resonó en la cabeza; el entrenamiento y el reflejo gestáltico ya me habían llevado a mitad de camino del claro. -Maldición, maldición, maldición... -El mantra de Hiro, y supe entonces que *todo* había salido mal. Hillary, la intérprete, era un sonido de fondo estridente, hielo BBC que crujía mientras ella farfullaba algo a toda velocidad, algo sobre diagramas anatómicos. Hiro debió de haber usado los mandos a distancia para *abrir la* escotilla, pero no esperó a que se desatornillara sola. Hizo detonar seis pernos

explosivos empotrados en el *casco* y voló todo el mecanismo de la escotilla intacto, que por poco no me alcanzó. Instintivamente, me había apartado de su trayectoria. Luego me puse a escalar la lisa superficie del bote, tratando de asirme a *las piezas* de la estructura metálica con forma de panal que había justo en la entrada; el mecanismo de la compuerta había arrastrado consigo la escalerilla de metal.

Y allí quedé inmóvil, agazapado en *el olor de plastique* de los pernos, pues fue entonces cuando el Miedo -me encontró, cuando me encontró de verdad, por *primera vez*.

Lo había sentido antes, el Miedo, *pero sólo los bordes*, las extremidades. Ahora era enorme, la propia oquedad de la noche, un vacío frío e implacable. Estaba hecho de últimas palabras, espacio profundo, todos los largos adioses en la historia de nuestra especie. Hizo que me encogiera, gimiendo. Temblaba, me arrastraba, lloraba. Nos dan clases sobre esto, nos advierten, tratan de explicarlo como una especie de agorafobia temporal endémica. Pero nosotros sabemos lo que es; los relevos lo saben y los entrenadores no. Hasta hoy no hay nada que lo explique, ni remotamente.

Es el Miedo. Es el dedo largo de la Gran Noche, la oscuridad que alimenta con murmurantes condenados las dulces y blancas fauces de los pabellones. Olga, santa Olga, fue la primera que lo supo. Trató de ocultárnoslo, arañando el equipo de radio, ensangrentándose las manos para destruir la capacidad de transmisión de la nave, rogando que la Tierra la perdiese, la dejase morir..

Hiro estaba histérico, pero debe de haber entendido, y supo qué hacer.

Me aplicó el látigo de dolor. Fuerte. Una y otra vez, como una picana eléctrica para el ganado. Me hizo entrar en el bote. Me llevó a través del Miedo.

Más allá del Miedo, había una habitación. Silencio y un olor a desconocido, olor a mujer.

El estrecho módulo estaba usado, y tenía un aspecto casi doméstico; habían remendado el fatigado plástico del asiento de aceleración con despegadas tiras de cinta adhesiva plateada. Pero todo parecía amoldarse alrededor de una ausencia. Ella no estaba allí. Entonces vi el demencial friso de rasguños hechos con punta de bolígrafo, símbolos garrapateados, miles de diminutas figuras rectangulares, retorcidas, entrelazadas y yuxtapuestas. Manchado con huellas dactilares, patético, cubría la mayor parte del mamparo trasero.

Hiro estaba estático, susurrando, implorando. *Encuétrala, Toby, por favor, Toby, encuéntrala, encuentra, encuéntrala...*

La encontré en el compartimiento de cirugía, una estrecha alcoba a un lado del pasadizo. Encima de ella, la *Schöne Maschine*, el manipulador quirúrgico, relucía con los brazos delgados y brillantes perfectamente plegados, extremidades cromadas de una centolla rematadas en hemostatos, fórceps, bisturí láser. Hillary estaba histérica, y apenas se la oía por un débil canal, diciendo algo acerca de la anatomía del brazo humano, los tendones, las arterias, taxonomía elemental. Hillary gritaba.

No había nada de sangre. El manipulador es una máquina pulcra, capaz de hacer un trabajo limpio en gravedad cero aspirando la sangre. Leni había muerto justo antes de que Hiro volase la compuerta; tenía el brazo derecho extendido sobre la superficie de plástico blanco como en un dibujo medieval, desollado, *músculos* y *otros* tejidos estirados hacia afuera en un diseño claro y simétrico, sujetos con una docena de pinzas de disección de acero inoxidable. Murió desangrado. Un manipulador quirúrgico está cuidadosamente programado contra el suicidio, pero puede funcionar como robot disecador, preparando órganos para su almacenamiento.

Había encontrado la manera de engañarlo. Generalmente se puede hacer eso con las máquinas, si se dispone de tiempo. Ella había tenido ocho años.

Yacía allí en una estructura plegable, una cosa parecida al esqueleto fósil de un sillón de dentista; a través de ella vi el descolorido bordado que le cruzaba la espalda del traje: la marca de un fabricante de piezas electrónicas germano-occidental. Traté de hablarle. Le dije: -Por favor, estás muerta. Perdónanos, vinimos para tratar de ayudarte, Hiro y yo. ¿Entiendes? Sabes que él, Hiro, te *conoce*, y está aquí, en mi cabeza. Ha leído tu expediente, tu perfil sexual, tus colores favoritos; conoce los miedos de tu infancia, a tu primer amante, el nombre *del profesor* que te gustaba. Y yo tengo exactamente las feromonas adecuadas, y soy un arsenal de *drogas* ambulante, algo que aquí seguramente te gustará. Y podemos mentir, Hiro y yo; somos unos campeones de la mentira. Por favor. Tienes que ver. Perfectos desconocidos, pero Hiro y yo, para ti, *somos el perfecto* desconocido, Leni.

Era una mujer pequeña, rubia, de pelo suave, lacio, prematuramente vetado de gris. Le toqué el pelo, una vez, y salí al claro. Una vez allí, la larga hierba tembló, las flores

empezaron a agitarse, e iniciamos el descenso, con el bote centrado en el ascensor circular. El claro se deslizó hacia abajo, saliendo del Cielo, y la luz solar se perdió en el resplandor de enormes arcos de vapor que arrojaban duras sombras sobre la amplia plataforma de la esclusa, de aire. Siluetas con trajes rojos, corriendo. Un carrito de rojo giró en redondo sobre gruesas ruedas de caucho, apartándose de nuestro camino.

Nevsky, el sùrfer de la KGB, esperaba al pie de la pasarela que habían empujado hacia el borde del claro. No lo vi hasta que llegamos a la plataforma.

-Debo llevarme las drogas ahora, señor Halpert.

Me quedé allí, balanceándome, parpadeando para quitarme las lágrimas. Él se acercó a tranquilizarme. Me pregunté si sabría siquiera por qué estaba allí en la plataforma, un traje amarillo en territorio rojo. Pero quizá no le importase; nada parecía importarle demasiado; tenía la tablilla preparada.

-Debo llevármelas, señor Halpert.

Me quité *el traje*, lo doblé y *se lo* di. Nevsky lo metió en un bolso plástico de cremallera. Guardó el bolso en una caja que llevaba esposada a la muñeca, y cerró la combinación.

-No las tomes todas al mismo tiempo, muchacho -dije. Y me desmayé.

Tarde, aquella noche, Charmian trajo una clase especial de oscuridad a mi cubículo, dosis individuales envueltas en papel metálico 'grueso. No tenía nada que ver con la oscuridad de la Gran Noche, esa oscuridad sensible, acechante, que espera para arrastrar a los viajeros a los Pabellones, la oscuridad que incuba el Miedo. Era una oscuridad como la de las sombras que se movían en el asiento trasero del coche de tus padres, una noche de lluvia cuando tenías cinco años, cálido y seguro. Charmian es mucho más hábil que yo cuando se trata de eludir a burócratas como Nevsky.

No le pregunté por qué había regresado del Cielo, ni qué le había pasado a Jorge. Ella no me preguntó nada sobre Leni.

Hiro no estaba, había desaparecido por completo de la transmisión. Lo había visto por la tarde durante el informe; como de costumbre, nuestras miradas no se encontraron. No importaba. Sabía que volvería. Todo había sido como siempre. Un mal día en el Cielo, pero eso nunca resulta fácil. Es muy duro cuando se siente el Miedo por primera vez, pero yo siempre supe que estaba ahí, esperando. Se ha hablado mucho de los diagramas de Leni y de los dibujos de cadenas moleculares que cambian de sitio ante una orden. Moléculas que pueden funcionar como conmutadores, elementos lógicos, incluso una especie de instalación formada por capas que constituyen una única y enorme molécula, un diminuto ordenador. Quizá no sepamos nunca qué fue lo que encontró allí afuera; quizá no conozcamos nunca los detalles de la transacción. Podríamos lamentarlo si alguna vez lo descubrimos. No somos la única tribu de regiones apartadas, los únicos que buscan sobras.

Maldita Leni, maldito aquel francés, malditos todos los que traen cosas, remedios para el cáncer, caracoles marinos, objetos sin nombre: que nos hacen estar aquí esperando, que llenan pabellones, que nos traen el Miedo. Pero aférrate a esta oscuridad cálida y cercana, a la lenta respiración de Charmian, al ritmo del mar. Aquí la experiencia es fuerte; oirás el mar, muy por detrás de la constante estática de caracol marino del osteófono. Es algo que llevamos con nosotros, por lejos que estemos de casa.

Charmian se movió a mi lado, murmuró el nombre de un desconocido, el nombre de algún viajero maltrecho que desde hace mucho tiempo está en los pabellones. Ella tiene el récord actual: mantuvo a un hombre con vida durante dos semanas, hasta que ese hombre se sacó los Ojos con los pulgares. Charmian no dejó de gritar hasta que llegó abajo, se rompió las uñas en la tapa plástica del ascensor. Después le dieron algún tranquilizante.

Pero los dos tenemos el impulso, esa necesidad especial, esa maniática dinámica que nos permite seguir yendo al Cielo. Ambos hicimos lo mismo, nos quedamos allí fuera en nuestros botes durante semanas, esperando a que la Autopista nos recogiera. Y cuando se nos acabaron las señales, nos remolcaron de vuelta hasta aquí. A algunos no los recoge la Autopista, y nadie sabe por qué. Y nunca hay una segunda oportunidad. Dicen que es demasiado costoso, pero lo que en verdad quieren decir, mientras te miran los vendajes de

las muñecas, es que ahora eres demasiado valioso, demasiado útil como relevo potencial. No te preocupes por lo del intento de suicidio, te dirán; ocurre todo el tiempo. Muy comprensible: sentimiento de profundo rechazo. Pero yo había deseado ir, lo había deseado con mucha fuerza. Charmian también. Ella lo intentó con pastillas. Pero ellos nos cambiaron, nos torcieron un poco, alinearon nuestros impulsos, nos implantaron los osteófonos, nos asignaron entrenadores.

Olga tuvo que saberlo, debió de haberlo visto todo; trataba de impedir que descubriéramos cómo llegar hasta allí, que llegáramos a donde ella había estado. Sabía que si la encontrábamos, tendríamos que ir. Incluso ahora, sabiendo lo que sé, quiero ir. Nunca iré. Pero podemos hamacarnos aquí en esta oscuridad que se eleva sobre nosotros, la mano de Charmian en la mía. Entre nuestras palmas, el arrugado envoltorio de la droga. Y santa Oiga nos sonríe desde las paredes; se la siente, todas esas copias de la misma foto publicitaria, rotas y pegadas con cinta adhesiva en las paredes de la noche, esa sonrisa blanca, para siempre.

William Gibson: Autor estadounidense, pionero de la literatura ciberpunk. El ciberpunk es un género de la ciencia ficción que retrata mundos de un futuro próximo en los que sociedades descentralizadas se encuentran saturadas de tecnologías complejas y dominadas por grandes corporaciones multinacionales. Nacido como William Ford Gibson en Conway, Carolina, estudió en Canadá. Sus primeros relatos de ciencia ficción aparecieron a finales de la década de 1970, muchos en la revista Omni. Su primer libro, **Neuromante** (1984), está reconocido como la primera novela ciberpunk y muchos consideran que se trata de la obra de ciencia ficción más importante de la década de 1980. En ella se muestra un mundo impersonal en el que los derechos individuales están constantemente amenazados por grupos de corporaciones que controlan la sociedad. Los héroes del libro, Case y Molly, tienen cuerpos con alteraciones cibernéticas -es decir, incluyen elementos mecánicos y electrónicos- y utilizan sus habilidades para operar directamente en el ciberespacio, el mundo creado nacido de la yuxtaposición de la mente humana y la cibernética. Case y Molly identifican y roban archivos informáticos para su jefe, pero al mismo tiempo cuestionan sus acciones. El lenguaje empleado en Neuromante contribuyó enormemente al desarrollo de un vocabulario ciberpunk con la incorporación de palabras como ciberespacio

o realidad virtual (un entorno simulado por ordenador y similar al mundo real). La novela también se refiere a la posibilidad de un futuro apocalíptico y los aspectos inherentes a la alteración tecnológica del cuerpo humano. Gibson obtuvo con **Neuromante** los Premios Nebula (1984) y Hugo (1985), dos de los más importantes para literatura de ciencia ficción. Gibson es autor también de otras obras ciberpunk como la colección de cuentos **Quemando cromo** (1986), que incluye “Johnny Mnemonic” (llevado al cine en 1994) y las novelas **Conde Cero** (1986), **Mona Lisa acelerada** (1988) y **Luz virtual** (1993). **La máquina de la diferencia** (1990), escrito junto al también americano Bruce Sterling, emplea elementos de las novelas policiacas y de la intriga histórica en su narración situado en una Inglaterra victoriana (mitad final del siglo XIX), en la que los ordenadores son el motor de la revolución industrial. También ha experimentado con otras formas literarias. **Dream Jumbo** (1989) es un texto pensado para acompañar una manifestación artística. Concibió **Agripa, un libro de los muertos** (1992), un poema sobre su padre, como un conjunto de imágenes y textos, contenidos en un disco informático, pensados para desvanecerse rápidamente una vez que se han leído.

4. CUENTO MADE IN CUBA: LA MISIÓN.

Jesús Minsal Díaz y Eric Flores Taylor (JE)

La llegada no fue fácil. Había sobrevivido el descenso al planeta, pero algo salió mal y todos sus recuerdos se borraron. Por más que lo intentó, no pudo encontrar nada que lo atara a un pasado o a un futuro, aunque sentía que su presencia allí no era casual. Los nativos del lugar llegaron hasta él atraídos por la inesperada aparición. Lo atacaron. La superioridad física y evolutiva del recién llegado se impuso. El combate terminó pronto. El sabor de la victoria le fue agradable, al igual que el de la carne de sus víctimas. Por suerte ya no tendría que preocuparse por comida.

- ¡Oh, gran César! – exclamó el apesadumbrado senador – Grandes catástrofes se ciernen sobre nuestras legiones en las provincias cercanas.
- ¿Qué pasa ahora, Cayo Claudius? – preguntó el Emperador – ¿Otra vez problemas con los rebeldes?
- Algo mucho peor, oh César. Cerca de uno de nuestros campamentos, ha aparecido una extraña bestia que diezma desmesuradamente a nuestras tropas.
- ¿Extraña dices? Explícate mejor.
- Nadie sabe con certeza, pero cuentan que es un remolino de colmillos y garras, capaz de destrozar a varios hombres en un pestañear.
- ¿Así que una fiera extraordinaria? – el Emperador caminó unos pasos reflexionando – Creo que podemos sacarle provecho a esta situación. Alista a nuestros mejores

cazadores. ¡Quiero a esa bestia viva!

Los días pasaban de forma monótona. Sólo encontraba entretenimiento a la hora de la comida. Para él se había vuelto costumbre observar la conducta de su alimento. Ciertamente eran interesantes estos seres, pensó. Al principio trataron de matarlo, luego buscaron refugio y trataron de resistir lo mejor posible sus incursiones. En este estado podría vivir eternamente esperando a que sus recuerdos volvieran.

El sorprendente ataque rompió sus pensamientos. Cuando quiso reaccionar era demasiado tarde. Confiado en la rutina diaria, sus sentidos de percepción del peligro no estaban activados. El factor sorpresa y la abrumante superioridad del enemigo fueron decisivos. Envuelto en una maraña de redes, cadenas y lanzas, incontables golpes le hicieron perder el sentido.

La enorme y bulliciosa multitud abarrotaba cada rincón del coliseo. Una inusual jaula cubría toda la arena.

Desde su estrado, el César saludaba alegremente al populacho.

- "Pan y Circo", senador; "Pan y Circo". No existe mejor forma para tranquilizar a la plebe.
- Cierto es. Nunca he visto el circo tan lleno, oh César. Pero, estoy ansioso por ver la gran sorpresa que has anunciado.
- Paciencia, Cayo, ya pronto tendrás tus respuestas.

El Emperador alzó sus brazos para dirigirse al público.

- ¡Pueblo de Roma, hoy disfrutarán de un espectáculo nunca antes visto! ¡La Bestia de las Provincias del Sur contra... La Criatura de las Montañas!

Las puertas se abrieron. Al salir, una de las bestias pareció afectada por la luz del sol, la otra atacó inmediatamente. Ambas criaturas se entrelazaron en un abrazo mortal. Garras, colmillos y espinas destrozaban sin cesar los cuerpos. La gente chillaba de placer ante cada desgarramiento.

- ¿Dos bestias? - preguntó extrañado el senador.
- Fue capturada hace un tiempo, algo me decía que no podía ser la única, y la mantuve en secreto para una ocasión especial como esta – respondió sonriente el Cesar –. Ahora, siéntate y disfruta del espectáculo.
- La idea fue genial – dijo el senador admirado –. El pueblo esta encantado.

Las apuestas iban de un lado a otro. De pronto los cuerpos ensangrentados se separaron y se desplomaron jadeantes. Ambas criaturas comenzaron a hincharse exageradamente, hasta explotar regando con sangre a todo el circo.

- ¡Puaf! Qué asco, nos han salpicado a todos – dijo el senador con un gesto de repulsión –. Pero la gente se ve satisfecha Cesar. Ya podemos retirarnos.
- Sí – respondió complacido el Emperador –, todo ha salido perfecto. Nos hemos librado de dos peligrosas fieras, y el pueblo se ha recreado. Ojalá todos los días fueran así.

Cuando se recuperó, todo estaba estrecho y oscuro. Los sentidos de percepción estaban a tope, como si fueran a estallar. Las señales de alerta venían de todas partes. De pronto, se abrió una compuerta. El instinto de libertad lo impulsó a salir. La luz lo cegó momentáneamente, una fuerza inesperada arremetió contra él. El contacto con la otra criatura llenó el aire de un aroma familiar. De momento la misión se hizo clara en su mente. Había encontrado a la hembra de su especie. Ahora sólo tenía que ligar su sangre rica en espermatozoides con la de ella, llena de óvulos. Luego morirían tras un explosivo orgasmo.

Los fluidos de ambos se esparcirían lo más lejos posible, contaminando con larvas parásitas a todo ser vivo que se encontrase en los alrededores. Así quedaba asegurado el desarrollo de cientos de miles de crías que pronto gobernarían ese mundo.

Jesús Minsal Díaz y Eric Flores Taylor: Jóvenes escritores cubanos, residentes en Ciudad de La Habana, que han decidido escribir a cuatro manos. Juntos ganaron el Premio Arena 2004 y el 3er lugar del Premio Juventud Técnica.

Email de Eric Flores: eric@centro-onelio.cult.cu

5. CURIOSIDADES: COMO CONSTRUIR UN ALIEN

Cristobal Perez-Castejon Carpena

Uno de los puntos más conflictivos de Alien IV es la "reencarnación" de Ripley... y el Alien. Alien III acabó con el exterminio de ambos de forma irreversible.... mientras que su continuación se basa en la reaparición de ambos personajes.

A mucha gente le resulta ofensiva la idea... mientras que otros piensan que el recrear a Ripley CON el embrión del bicho es sencillamente imposible. Bueno, imposible no es, pero si bastante enrevesado. Para ello tenemos que profundizar en el ciclo de vida del Alien. Se basa en cuatro fases bien diferenciadas: huevo, embrión, infante y alien.

La fase "huevo" es súper resistente, capaz de vivir prácticamente en el vacío durante centenares de años en condiciones sumamente hostiles. Este huevo contiene un vector que ataca al anfitrión que pasa lo mas cerca posible de el y le "instala" el embrión.

El embrión se desarrolla en el interior del anfitrión hasta que alcanza la siguiente fase de desarrollo, momento en el cual se abre camino hacia el exterior (normalmente matando al anfitrión en el proceso) e inicia la última fase de su metamorfosis.

Llegados a este punto tenemos que hacernos una importante pregunta: ¿como es posible que CUALQUIER anfitrión sea compatible con la bioquímica del embrión? Recordemos que los aliens no le hacen ascos a nada: extraterrestres exóticos, seres humanos en traje espacial, perros... lo que sea. Una posible respuesta es que durante la fase de instalación del embrión el vector altera genéticamente al anfitrión para hacerlo compatible con el embrión, posiblemente mediante un virus. Aunque esto pueda resultar chocante no es ciencia ficción. En la Tierra existen unas avispas que parasitan a unas orugas de un modo bastante original. En lugar de paralizarlas e inyectarles sus crías, que pasan a alimentarse del huésped "en vivo" (procedimiento estándar en este caso), estas avispas inyectan un virus junto a sus huevos. Este virus no mata ni paraliza al huésped, que sigue llevando una vida normal salvo en dos puntos: el sistema inmunológico de la oruga pasa a reconocer a las larvas de las avispas como parte integrante del organismo (y por tanto no las ataca) y la oruga no alcanza jamás la fase de pupa: simplemente sigue comiendo y engordando... para alimentar a las larvas de su parásito. Así que la idea de modificar al anfitrión mediante un virus para

hacerlo compatible con el parásito que le invade ya ha sido desarrollada por la naturaleza... y por el hombre: la mayor parte de las terapias genéticas que se están desarrollando HOY se basan en ese principio. En el caso de Alien, el proceso parece, además, biunívoco: el embrión absorbe las características del anfitrión que considera más interesantes para su supervivencia y las incorpora a su propia estructura genética. El mejor ejemplo de esto es el "Alien-Perro" de la tercera entrega. Esto también concuerda con el nacimiento del bicho horroroso y cutre del final: si el alien es capaz de modificarse genéticamente para adaptarse, es evidente que será capaz de hacer casi cualquier cosa con su descendencia... de forma consciente. Una característica evolutiva impresionante, y que otorga una superioridad increíble a la especie que la posea. Toda la película se basa en este punto. Ripley es como es porque la información de la que se dispone es la suministrada por la nave de Alien III cuando le detecta que tiene un bicho dentro. Para entonces, su estructura genética ya está alterada por el bicho, por lo que el resultado lógico es un híbrido. En cuanto al embrión del Alien, tres cuartos de lo mismo. Es muy posible que se disponga de su información genética y que puedas clonar a un embrión, pero...sin la fase "huevo" no puedes preparar un huésped que sea compatible con el embrión. El resultado es que tienes que clonar al Alien y a Ripley, pues en la fase de desarrollo en la que sacaste la fotocopia genética ambos están indisolublemente unidos porque el embrión NO PUEDE DESARROLLARSE SIN RIPLEY. Esta es también la razón de porque no clonan de cara a diez o veinte reinas para jugar: necesitarían otras tantas Ripleys para su desarrollo. Es más barato hacer una y crear aliens nuevos por el procedimiento natural. Esto explicaría también la existencia de los siete clones previos de Ripley: si la información genética del anfitrión está corrupta por el virus, al intentar clonarla obtendrás diferentes tipos de monstruos, según se decanten las características dominantes del Alien o las humanas. Lo raro en este caso no es que haya clones fallidos, sino que solo sean siete...

Como conclusión: partiendo de la fase "huevo", el recrear diferentes Aliens habría sido un proceso "trivial". Partiendo de la información genética de un embrión de Alien, es necesaria la presencia de un portador con una bioquímica especialmente adaptada a las necesidades de dicha fase. La única información de la que se dispone al respecto son las muestras de tejidos y la información recogida por el autodoctor de la nave de rescate en Alien III. Y esa información corresponde al binomio Ripley-Reina. Puesto que la bioquímica de Ripley ha

sido alterada para hacerla compatible con su huésped, el intento de recrear nuevas Ripleys da lugar a copias erróneas. El mecanismo mas probable de modificación es la utilización de un virus o conjunto de virus por parte del vector de transmisión: las muestras de tejidos permitirían recuperar dichos virus, lo que a su vez permitiría tratar a los clones con los mismos para hacerlos compatibles con los clones de embrión recuperados. Las características "Alien" de la nueva Ripley no procederían por tanto de una recombinación con el material genético del embrión, sino de una bioquímica modificada para hacerla compatible con su huésped: al no morir al terminar el ciclo vital del Alien embrión, dichas características permanecen y generan a un ser humano modificado como el que aparece en la película.

Cristóbal Pérez-Castejón Carpena: Nacido en 1962 en Yecla (Murcia), vive en Madrid desde hace varios lustros. Es Ingeniero Superior de Telecomunicación y trabaja en una importante multinacional alemana del sector.

Sus aficiones principales son viajar, la fotografía, la astronomía y leer, su autor favorito es Borges. En el campo de la ciencia ficción, mas que autores prefiere obras: Arthur C. Clarke cuando escribe relatos, casi todo lo de Stanislaw Lem, Philip K. Dick, Pohl, Benford...

Ha escrito un sinnúmero de artículos sobre los más variados temas de ciencia ficción. Los links pueden encontrarse en: <http://www.arrakis.es/~cris/articulos.htm>

6. RESEÑA: Trilogía del ciberespacio.

La referencia obligada para toda la obra de William Gibson es la Trilogía del Ciberespacio, donde los personajes se mueven entre la aventura y la mística. Los cowboys de un futuro lejano surcan las redes, las corporaciones se enfrentan a muerte, las organizaciones secretas florecen en el medio de una sociedad despiadada. Todo comienza en "Neuromante", para luego seguir en "Conde Cero" y en "MonaLisa Acelerada".

"Neuromante" (1984) comienza en el corazón de la localidad japonesa de Chiba, un lugar conocido como "La Zona", convertido en un paraíso de transacciones del futuro, entre las que se incluyen las drogas fuertes y la información. Es un paraíso para la práctica de cirugías destinadas intervenir el cuerpo humano, capaces de crear ciborgs que se debaten entre la máquina y la biología.

Case es un *cowboy*, un navegante de las redes, pero vaga entre los bares y rincones oscuros sin destino, pues trató de burlar a uno de sus empleadores y la venganza fue una contaminación que lo dejó sin poder para experimentar el ciberespacio: no podía conectarse. Todo comienza en un claroscuro, en un mundo denso, construido con una visión pesimista sobre la sociedad del futuro. El capítulo inicial se llamó Chiba City Blues, y dio inicio a una trilogía de novelas que contiene la primera saga concebida por la mente ciberpunk de Gibson.

La trama transporta hacia un futuro más bien lejano, ultra tecno, plagado de alusiones a una cierta decadencia en las relaciones entre los seres. Se mencionan algunas cosas que serán clave para entender este mundo. El *Sprawl* o ensanche urbano, que describe megalópolis formadas de manera casi natural por la expansión de ciudades que terminan pegadas la una a la otra. El SimStim, un aparato adictivo capaz de reproducir experiencias, simulaciones y estímulos, con historias (¿histerias?) de realidad virtual protagonizadas por div@s.

Y también aparecen las grandes corporaciones, entes materiales con presencia dominante en el ciberespacio, generadoras de intrigas y poderosas estructuras que los *cowboys* buscan erosionar, con frecuencia para robar información. Tessier Ashpool, Hosaka, Sense Net,

Maas, son las que aparecen en esta primera saga. Capaces de matar por un pequeño disco lleno de datos, de secuestrar mentes brillantes para ponerlas a trabajar en su beneficio, de mantener ejércitos de asesinos, y de generar familias y herederos que se comportan con la abulia tan típica de las casas reales de la actualidad.

¿En qué estaba pensando William Gibson? Desde la época de cuentos como "Johnny Mnemonic" o "Burning Chrome" (1981) había trabajado en el diseño de este tipo de ecosistemas futuristas. Se dice que cuando vio "Blade Runner", salió del cine desesperado, porque pensó que alguien se le había adelantado. Pero un comentario en Internet advierte que si bien el paisaje de este clásico del cine tenía similitudes con el de "Neuromante", a nivel de geografía mental no había comparación, pues la película no hablaba para nada del "universo sensorial alternativo de la Red".

Si bien el mundo de la Internet actual tiende a parecerse al ciberespacio de los cowboys de Gibson, la Red no fue la inspiración principal. En esos tiempos las pocas computadoras conectadas servían sólo para mandar correo electrónico y ejecutar algunos programas en forma remota, llenos de códigos y sin imágenes. En cambio ya eran populares los videojuegos. También hubo una influencia importante en la película "Tron", lanzada por los estudios Disney en 1982, en la cual los personajes deambulan por las entrañas de un sistema de computadoras.

En "Neuromante" Case resulta contratado en forma misteriosa para romper el hielo (Ice) protector de un poderoso servidor. En la aventura lo acompañan Molly, una asesina con implantes que aumentan su letalidad, el Finlandés que domina la tecnología, el repulsivo Riviera que puede proyectar escenas de realidad virtual a la retina de sus interlocutores. Y lleva consigo un programa rompehielos de procedencia china.

Dentro del ciberespacio es ayudado por Dixie Flatline, muerto años antes, cuya mente estaba guardada en un servidor. Y todo culmina en una estación orbital a baja altura, dominada por los clones de la familia Tessier Ashpool. Allí aparecen dos actores muy importantes de la novela, Wintermute y Neuromante, inteligencias artificiales cuyo poder crece sin cesar.

La historia continúa en "Conde Zero" (ya se anunció una película de este libro), que es el apodo con el cual se hace llamar Bobby, un joven aspirante a *cowboy* de las redes, quien en la primera escena está a punto de morir pegado a su consola de conexión debido a las descargas enviadas hacia él por un sistema de Ice protector.

Aquí la lucha entre las corporaciones es feroz. Y en el centro de la disputa está la ambición por poseer los secretos de la tecnología del biochip, un procesador que está literalmente vivo. Duros y blandos se mueven entre balaceras y atentados en torno a Angie, una niña que lleva colocada en la corteza cerebral una estructura con la cual puede experimentar el ciberespacio en estado natural.

En medio de la contienda entre las empresas Hosaka y Maas aparecen nuevos actores de la trilogía: las inteligencias artificiales, en cierta forma liberadas en el ciberespacio, se han transformado en (virtuales) deidades siguiendo el modelo del voodoo haitiano. Así ejercen el poder y se comunican con Angie.

En esta novela ciberpunk irrumpe un chileno. En la dedicatoria "Para mi D", William Gibson recurre a un verso de Pablo Neruda, en castellano: "Quiero hacer contigo/lo que la primavera/hace con los cerezos".

La tercera y última parte es "Mona Lisa Acelerada". Las tensiones continúan tejiéndose en torno a la matriz, que es otro nombre utilizado por Gibson para referirse al ciberespacio. Angie es la máxima protagonista de aventuras diseñadas para el SimStim, mientras que Bobby permanece en estado catatónico, conectado en forma permanente a las redes.

En medio de las intrigas y de la reaparición de deidades haitianas en el ciberespacio, surge el anhelo por descubrir cuál es la forma, cuál es el tamaño de la matriz, por qué se comporta como se comporta. Esta vez aparece la mafia japonesa, la Yakuza, y variados especímenes relacionados con el mundo de los negocios.

Entretanto la fuerza de inteligencia artificial que alimenta esta realidad virtual también inicia una búsqueda existencial, tras recibir señales de que existe otra dimensión similar al ciberespacio. Sólo que los mensajes provienen del espacio sideral...

7. HUMOR: Tres Prólogos de Douglas Adams

(Como resulta imposible incluir en el boletín los tres tomos de la obra de Douglas Adams: “Guía del Autoestopista Galáctico”, “El restaurante del fin del mundo” y “Hasta luego, y gracias por el pescado”, reproducimos los prólogos de las tres novelas)

GUIA DEL AUTOESTOPISTA GALACTICO

Douglas Adams

Prologo

En los remotos e inexplorados confines del arcaico extremo occidental de la espiral de la galaxia, brilla un pequeño y despreciable sol amarillento.

En su órbita, a una distancia aproximada de ciento cincuenta millones de kilómetros, gira un pequeño planeta totalmente insignificante de color azul verdoso cuyos pobladores, descendientes de los simios, son tan asombrosamente primitivos que aún creen que los relojes de lectura directa son de muy buen gusto.

Este planeta tiene, o mejor dicho, tenía el problema siguiente: la mayoría de sus habitantes eran infelices durante casi todo el tiempo. Muchas soluciones se sugirieron para tal problema, pero la mayor parte de ellas se referían principalmente a los movimientos de pequeños trozos de papel verde; cosa extraña, ya que los pequeños trozos de papel verde no eran precisamente quienes se sentían infelices.

De manera que persistió el problema; muchos eran humildes y la mayoría se consideraban miserables, incluso los que poseían relojes de lectura directa.

Cada vez eran más los que pensaban que, en primer lugar, habían cometido un gran error al bajar de los árboles. Y algunos afirmaban que lo de los árboles había sido una equivocación, y que nadie debería haber salido de los mares.

Y entonces, un jueves, casi dos mil años después de que clavarán a un hombre a un madero por decir que, para variar, sería estupendo ser bueno con los demás, una muchacha que se sentaba sola en un pequeño café de Rickmansworth comprendió de pronto lo que había ido mal durante todo el tiempo, y descubrió el medio por el que el mundo podría convertirse en un lugar tranquilo y feliz. Esta vez era cierto, daría resultado y no habría que clavar a nadie a ningún sitio.

Lamentablemente, sin embargo, antes de que pudiera llamar por teléfono para contárselo a alguien, ocurrió una catástrofe terrible y estúpida y la idea se perdió para siempre.

Esta no es la historia de la muchacha.

Sino la de aquella catástrofe terrible y estúpida, y la de algunas de sus consecuencias.

También es la historia de un libro, titulado Guía del autoestopista galáctico; no se trata de un libro terrestre, pues nunca se publicó en la Tierra y, hasta que ocurrió la terrible catástrofe, ningún terrestre lo vio ni oyó hablar de él.

No obstante, es un libro absolutamente notable.

En realidad, probablemente se trate del libro más notable que jamás publicaran las grandes compañías editoras de la Osa Menor, de las cuales tampoco ha oído hablar terrestre alguno.

Y no sólo es un libro absolutamente notable, sino que también ha tenido un éxito enorme: es más famoso que las Obras escogidas sobre el cuidado del hogar espacial, más vendido que las Otras cincuenta y tres cosas que hacer en gravedad cero, y más polémico que la trilogía de devastadora fuerza filosófica de Oolon Colluphid En qué se equivocó Dios, Otros grandes errores de Dios y Pero ¿quién es ese tal Dios?

En muchas de las civilizaciones más tranquilas del margen oriental exterior de la galaxia, la Guía del autoestopista ya ha sustituido a la gran Enciclopedia galáctica como la fuente

reconocida de todo el conocimiento y la sabiduría, porque si bien incurre en muchas omisiones y contiene abundantes hechos de autenticidad dudosa, supera a la segunda obra, más antigua y prosaica, en dos aspectos importantes.

En primer lugar, es un poco más barata; y luego, grabada en la portada con simpáticas letras grandes, ostenta la leyenda:

NO SE ASUSTE.

Pero la historia de aquel jueves terrible y estúpido, la narración de sus consecuencias extraordinarias y el relato de cómo tales consecuencias están indisolublemente entrelazadas con ese libro notable, comienza de manera muy sencilla.

EL RESTAURANTE DEL FIN DEL MUNDO

Douglas Adams

Prologo

Hay una teoría que afirma que si alguien descubriera lo que es exactamente el Universo y el por qué de su existencia, desaparecería al instante y sería sustituido por algo aún más extraño e inexplicable.

Hay otra teoría que afirma que eso ya ha ocurrido

1

Resumen de lo publicado:

Al principio se creó el Universo.

Eso hizo que se enfadara mucha gente, y la mayoría lo consideró un error.

Muchas razas mantienen la creencia de que lo creó alguna especie de dios, aunque los jatravártidos de Viltvodle VI creen que todo el Universo surgió de un estornudo de la nariz de un ser llamado Gran Arklopoplético Verde.

Los jatravártidos, que viven en continuo miedo del momento que llaman «La llegada del gran pañuelo blanco», son pequeñas criaturas de color azul y, como poseen más de cincuenta brazos cada una, constituyen la única raza de la historia que ha intentado el pulverizador desodorante antes que la rueda.

Sin embargo, y prescindiendo de Viltvodle VI, la teoría del Gran Arklopoplético Verde no es generalmente aceptada, y como el Universo es un lugar tan incomprensible, constantemente se están buscando otras explicaciones.

Por ejemplo, una raza de seres hiperinteligentes y pandimensionales construyeron en una ocasión un gigantesco superordenador llamado Pensamiento Profundo para calcular de una vez por todos la Respuesta a la Pregunta Última de la Vida, del Universo y de Todo lo demás.

Durante siete millones y medio de años, Pensamiento Profundo ordenó y calculó, y al fin anunció que la respuesta definitiva era Cuarenta y dos; de manera que hubo de construirse otro ordenador, mucho mayor, para averiguar cuál era la pregunta verdadera.

Y tal ordenador, al que se le dio el nombre de Tierra, era tan enorme, que con frecuencia se le tomaba por un planeta, sobre todo por parte de los extraños seres simiescos que vagaban por su superficie, enteramente ignorantes de que no eran más que una parte del gigantesco programa del ordenador.

Cosa muy rara, porque sin esa información tan sencilla y evidente, ninguno de los acontecimientos producidos sobre la Tierra podría tener el más mínimo sentido.

Lamentablemente, sin embargo, poco antes de la lectura de datos, la Tierra fue inesperadamente demolida por los vogones con el fin, según afirmaron, de dar paso a una vía de circunvalación; y de ese modo se perdió para siempre toda esperanza de descubrir el sentido de la vida.

O eso parecía.

HASTA LUEGO, Y GRACIAS POR EL PESCADO

Douglas Adams

Prologo

En los remotos e inexplorados confines del arcaico extremo occidental de la Espiral de la Galaxia, brilla un pequeño y despreciable sol amarillento.

En su órbita, a una distancia aproximada de ciento cincuenta millones de kilómetros gira un pequeño planeta totalmente insignificante de color azul verdoso, cuyos pobladores, descendientes de los simios, son tan asombrosamente primitivos que aún creen que los relojes digitales son de muy buen gusto.

Ese planeta tiene o, mejor dicho, tenía el problema siguiente: la mayoría de sus habitantes eran desdichados durante casi todo el tiempo.

Muchas soluciones se sugirieron para tal problema, pero la mayor parte de ellas se referían principalmente a los movimientos de unos papelitos verdes; cosa extraña, ya que los papelitos verdes no eran precisamente quienes se sentían desdichados.

De manera que persistió el problema; muchos eran mezquinos, y la mayoría se sentían desgraciados, incluso los que poseían relojes digitales.

Cada vez eran más los que pensaban que, en primer lugar, habían cometido un grave error al bajar de los árboles. Y algunos afirmaban que lo de los árboles había sido una equivocación, y que nadie debería haber salido de los océanos.

Y entonces, un jueves, casi dos mil años después de que clavaran a un hombre a un árbol por decir que, para variar, sería estupendo portarse bien con los demás, una muchacha sentada sola en un pequeño bar de Rickmansworth comprendió de pronto qué había ido mal hasta entonces, y supo por fin cómo el mundo podría convertirse en un lugar agradable y feliz. Esta vez era cierto, daría resultado, y no habría que clavar a nadie a ningún sitio.

Lamentablemente, sin embargo, antes de que, pudiera llegar a un teléfono para contárselo a alguien, la Tierra fue súbitamente demolida para dar paso a una nueva vía de circunvalación hiperespacial. Y así se perdió la idea, al parecer para siempre.

Esta es la historia de la muchacha.

Douglas Adams: Nació en Cambridge en marzo de 1952. Autor de la célebre serie del Autoestopista Galáctico conformada por los títulos Guía del Autoestopista Galáctico (1978), El Restaurante del Fin del Mundo (1980), La Vida, el Universo, y Todo lo Demás (1982), Hasta luego y gracias por el pescado (1984) y Mostly Harmless (1992); referente imprescindible para todos los que crecieron a finales de los setenta y un libro muy especial para cualquier amante de la ciencia ficción.

Douglas Adams trabajó brevemente con Monthly Pyton y escribió guiones para la mítica serie de la BBC “Doctor Who”, en la que se combinaba por primera vez la iconografía de la ficción fantástica con una visión del mundo típicamente británica.

Murió el 11 de mayo del 2001 de un ataque al corazón en Los Angeles a los 49 años. El centro astrofísico de Harvard anunció que bautizará un asteroide recientemente descubierto con el nombre de Arthur Dent, el protagonista de su obra más famosa.

Al momento de su muerte se encontraba trabajando en la versión fílmica de Guía del Autoestopista Galáctico.

8. ¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración escríbenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

jartower74@yahoo.es

aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada. Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.